

MOSCAS, GLADIOLOS Y PALOMAS

La joven subía con mucha prisa la cuesta. Apenas tenía tiempo para observar los obstáculos que sorteaba en su camino. Torció a mano izquierda y divisó la torre de la iglesia que despuntaba entre los árboles. Era una tarde de sol. Cuando llegó a la blanca capilla de estilo protestante, abrió el candado de las oscuras rejas que la protegían. Empujó la puerta de madera marrón y entró en el templo vacío. Al fondo, un gran mural, el de la última cena con el ojo vigilante de Dios. En el recogido altar, una vasta mesa de mármol vestida con un resplandeciente e impoluto mantel. Delante, un gran reclinatorio sobre el que se arrodillaban los novios, adornado con una tela blanca bordada con puntilla. Llegó hasta la sacristía y cogió unos guantes, una escoba roja y un recogedor. Hacía horas que una pesadez invadía su cabeza. Comenzó a barrer el suelo de mármol blanco. Decenas de moscas muertas eran arrastradas por el frío suelo. Los negros insectos salían de todos los rincones del templo. La joven barría de forma frenética. El zumbido de un enjambre de abejas se oía cada vez más cercano en su cabeza a la vez que desde la torre comenzaba a venir un gorjeo de palomas. Sus ojos exhaustos se posaron sobre los blancos gladiolos ya marchitos que adornaban la iglesia. Cientos de pensamientos funestos bombardeaban su mente: la Imperfección, la fealdad y el mal amenazaban su vida. Sentía cómo el ojo vigilante de Dios se clavaba sobre

ella. Un dolor frío taladraba su cabeza. El gorjeo de las palomas cada vez era más atormentador. La joven se movía de forma ansiosa, mientras el calor resultaba más insoportable. En su cabeza zumbaban moscas , gladiolos y palomas; la negra muerte, el deterioro amarillento de la inmaculada pureza y el ruido ensordecedor de la podredumbre.